

marean, que giran incesantemente y a través de los que se llega a la nada»<sup>32</sup>. Lord Chandos o Hofmannsthal traza concisamente el camino que va desde la «grecomanía» de la época de Goethe, que pasa por la Utopía griega de *Hiperión o el eremita en Grecia* (1797-99) de Hölderlin y que culmina en *El nacimiento de la tragedia* de Nietzsche, es decir, la Utopía de un mundo armónico y, en Nietzsche, jubiloso, que se ha desmoronado y que llevaba en sí las fuerzas de su propia destrucción. El malestar que impide a Lord Chandos la mención de las palabras ‘espíritu’, ‘alma’, ‘cuerpo’, no es sólo un malestar ante conceptos abstractos, sino es la certeza de que esos conceptos son inocuos, de que son la prueba del fin de la metafísica. Al final de la carta, Hofmannsthal dedujo de su interpretación del desarrollo filosófico, una posibilidad de superar esa nada, esa disolución de la realidad y de su expresión: atenerse a las cosas. Lo que para Nietzsche fue la Vida, se convirtió para Hofmannsthal en el mundo de las cosas. Otro lector profundo de Nietzsche, las rescató en su libro *Apuntes de Malte Lauris Brigge* (1910), por fechas vecinas en las que Edmund Husserl lanzó la consigna filosófica de «a las cosas mismas» e inició con su fenomenología la segunda revolución filosófica después de la de Nietzsche. Su poesía fue pasada por alto durante mucho tiempo, pero esa omisión se debió, sin duda, al hecho de que los clamores paródicos evangélicos de *Zaratustra* cautivaron con su prosa poética a los sedientos de consignas demagógicas, y se sintieron conmovidos más por la exuberancia del Yo de Nietzsche que por lo nuevo que transmitía ese Yo: la elevación de la poesía a la altura de la filosofía. El fin de la metafísica que puso de relieve y fomentó Nietzsche, el poeta mentiroso, que experimentó Hofmannsthal y que comprobó Heidegger, abrió el horizonte para profundizar y perfilar el lamento que Nietzsche expresó en el prólogo a la segunda edición de *El nacimiento de la tragedia*: «Qué pena que lo que entonces tenía que decir no me atreví a decirlo como poeta: quizá lo hubiera podido»<sup>33</sup>. Su última versión es este dístico del «poema» *De la experiencia del pensar* (1954) de Martín Heidegger: «Cantar y pensar son las raíces vecinas del poetizar»<sup>34</sup>. A los cien años de su muerte cabe preguntar si se satisfizo el melancólico y orgulloso ditirambo *Última voluntad*:

Morir así,  
como una vez lo vi morir  
al amigo que rayos miradas

<sup>32</sup> Hugo von Hofmannsthal, *Erzählungen, Erfundene Gespräche und Briefe*, ed. B. Schoeller & R. Hirsch, Fischer Verlag, Frankfurt / M., 1979, p. 465 s.

<sup>33</sup> Nietzsche, *Sämtliche Werke*, t. I, p. 15.

<sup>34</sup> Martin Heidegger, *Aus der Erfahrung des Denkens*, Neske, Pfullingen, 1954, p. 25.

lanzó divinalmente a mi oscura juventud.  
Arrogante y profundo,  
en la batalla un bailarín,

entre los guerreros el más sereno,  
entre los vencedores el más severo,  
un destino estando sobre su destino,  
duro, pensativo, premeditado:  
temblando *porque* venció,  
jubiloso de que *muriendo* venció:

mandando mientras murió  
–y mandó que se *aniquile*...

Morir así,  
como una vez lo vi morir:  
venciendo, *aniquilando*...<sup>35</sup>.

<sup>35</sup> Nietzsche, *Sämtliche Werke*, t. VI, p. 388.



Elza Soares (1973)